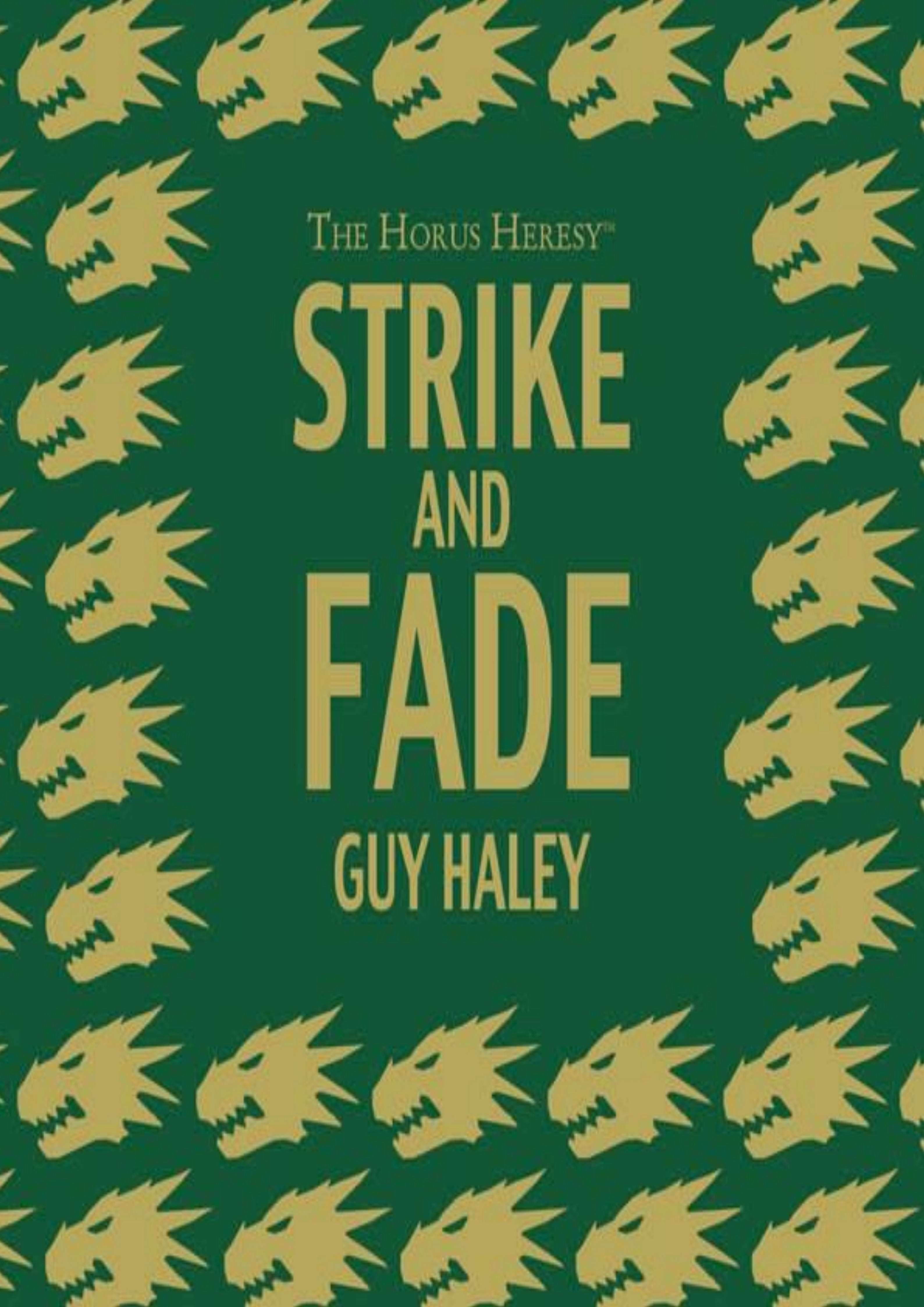

THE HORUS HERESY™
STRIKE
AND
FADE
GUY HALEY



LA HEREJÍA DE HORUS

GOLPEAR Y DESAPARECER

GUY HALEY

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Salamandras

JAFORR	Hermano de los Salamandras
GRIM HYFAX	Hermano de los Salamandras
DONAK	Hermano de los Salamandras
CASSAL	Neófito de los Salamandras

Donde antes habían sido muchos los hijos de Nocturne, ahora sólo quedaban cuatro. El hermano Jaforr, Grim Hyfax, el neófito Cassal y el siempre silencioso Donak. Se apostaban en las rocas sobre el desfiladero. Ninguno conocía bien a los otros, y que sus caminos se hubieran cruzado en medio del caos de la masacre había sido un milagro. Hablaban entre sí en susurros: hacía días que no se atrevían a emplear los canales de voz, sus palabras apenas susurradas en el viento.

Donak repasaba una y otra vez el filo de su hoja de combate. Cassal desentumeció los hombros, estirando los miembros adormecidos.

—¿Cuándo llegarán?

Jaforr lo silenció levantando una mano.

—Paciencia, neófito —susurró.

—Y estate quieto. Tus movimientos alertarán al enemigo.

La cara de Cassal se enrojeció al escuchar las palabras de Hyfax.

—Lo siento, maestros.

—No lo sientas. No es así como debía haber sido tu entrenamiento… pero eso te hará más fuerte —dijo Jaforr.

El explorador asintió. Hyfax gruño amargamente:

—Si vivimos…

El viejo guerrero no tenía paciencia para con el joven. Si eso era parte de su naturaleza, o secuela de la rabia provocada por las atrocidades que había presenciado, Jaforr no podría asegurarlo.

—Hermano, vela por el espíritu del neófito —dijo a Hyfax.

—¿Y quién vela por los nuestros? Mis sueños han sido pisoteados por esta traición; nuestros hermanos, ejecutados por aquellos que una vez llamamos amigos.

—Sólo te pido que cuides un poco del chico…

Jaforr apuntó con su arma hacia abajo, donde habían enterrado las trampas con explosivos improvisados.

—Me preocupa más Donak. No ha dicho nada en absoluto desde que lo encontramos. Las llamas de sus ojos son muy débiles, las forjas de sus corazones parecen haberse extinguido.

—Parece que hay cosas demasiado tremendas incluso para que un marine espacial pueda sobrellevarlas. Dime si tú mismo has salido indemne…

Jaforr habló muy despacio, su voz apenas audible:

—No he salido indemne, hermano. Mis corazones sufren, mi mente no puede abarcar la enormidad de la matanza. Mis ojos están sembrados de lágrimas —giró la cabeza hacia Hyfax—. Pero mi ira sobrepasa todo eso. Todos luchábamos en diferentes compañías de la legión, pero todos nacimos del fuego y la furia. Nuestra hermandad es inquebrantable, y eso me da esperanza y fuerza. Dejemos que todas las demás legiones se vuelvan contra los soles de Nocturne: nada podrá romper el vínculo que existe entre nosotros. El día de la retribución llegará. Eso es lo que diré a todo aquel que dude de nosotros.

Hyfax asintió solemnemente. Cuando habló había recuperado la calma.

—Es por eso por lo que te seguimos, hermano.

—No todo está perdido. Que los traidores hayan dedicado tanto tiempo a peinar esta área en concreto me da esperanza. No creo que seamos lo últimos sirvientes del Emperador en Isstvan V.

Hyfax rio quedamente.

—¿Y si lo somos?

Jaforr se incorporó.

—Entonces lucharemos hasta el final… Ahora silencio, los Amos de la Noche se acercan.

Permanecieron tan quietos como las rocas que los rodeaban. Esperaron hasta que el débil sonido de los motores alcanzó sus oídos genéticamente mejorados. Cassal alzó la vista.

—¿Oís eso?

—Motos —confirmó Hyfax—. ¿Nos retiramos?

Jaforr negó con la cabeza.

—Demasiado tarde para eso. Mirad.

Una figura apareció en una curva del camino. Era claro que se trataba de un legionario, pero sin servoarmadura y con marcas de latigazos entrecruzándose sobre su pálida piel. Tambaleándose comenzó a atravesar la zona en la que descansaba la trampa preparada por los Salamandras.

—Ahora —Cassal intentó alcanzar el detonador, pero Jaforr detuvo su mano.

—Espera… ese no es un traidor…

El sonido de los motores se convirtió en un rugido cuando otra figura de un azul medianoche comenzó a descender por la ladera de la montaña, recorriendo sobre su máquina el estrecho y desigual sendero con una habilidad admirable. Se abalanzó sobre la figura vacilante, golpeándola con su látigo, su áspera risa surgiendo de la rejilla de su casco en forma de cráneo estilizado.

Otros cuatro motoristas la siguieron, los relámpagos pintados sobre sus servoarmaduras salpicados de sangre seca.

El odio comenzó a bullir en los corazones de Jaforr. Miró a Cassal, la cara del explorador exudaba ansiedad.

—Espera a que su prisionero se ponga a salvo…

Pero el legionario solitario aún se encontraba dentro de la zona de la onda expansiva y los motoristas lo seguían sin detenerse. Un poco más y también ellos escaparían de lo peor de la explosión. Jaforr sintió un nudo en las entrañas.

—¡Ahora, Cassal, ahora!

La detonación fue terrible, la erupción de múltiples cargas iluminó las sombras. El líder de los Amos de la Noche salió despedido como una muñeca de trapo, la máquina sobre la que montaba se precipitó dando vuelta tras vuelta de campana por la ladera de la montaña. Sus seguidores derraparon hasta lograr detenerse,

intentando frenéticamente localizar en medio de la oscura nube de polvo quién los había atacado.

Jaforr cargó, apuntando a un traidor que se había quitado el casco. Aquello le costaría caro: un chorro ardiente de promethio de su lanzallamas envolvió al guerrero que cayó gritando de su montura, su carne derretida desprendiéndose del hueso.

Los demás hicieron girar sus motos y abrieron fuego: la traición no había hecho mella en su capacidad de reacción, y la munición de bólter acribilló el terreno rocoso. Pero Hyfax y Donak disparaban con impunidad desde sus coberturas: un Amo de la Noche alzó su pistola de plasma antes de que un proyectil le impactara en el pecho e hiciera que se desplomase sobre el manillar.

Sólo quedaban dos de los traidores. Uno de ellos, mientras su camarada aumentaba la intensidad de sus disparos, comenzó a ascender por la pendiente. Con la mirada enloquecida aceleró en dirección a Jaforr. Activó su espada-sierra para asestar un golpe sobre la cabeza del Salamandra, pero su vehículo perdió agarre sobre el terreno desigual y se encontró volcando ladera abajo. Extendió la mano para detener la caída, pero ésta nunca tocó el suelo: un disparo alcanzó el propulsor y lo hizo estallar, sembrando restos arruinados de carne y metal. Jaforr vio desplomarse al guerrero. Miró hacia su izquierda y encontró al hermano Donak avanzando con el arma firmemente sujeta con ambas manos. Éste se acercó con calma hacia el Amo de la Noche caído, descerrajándole un único tiro entre los ojos.

El último de los traidores trazó otro círculo, presto a abrir fuego de nuevo con los cañones gemelos de su máquina, pero Hyfax lo alcanzó, haciendo estallar su coraza junto con la caja torácica que aquella protegía.

El silencio cayó, súbito y horrible.

El aire apestaba a propelente y muerte. Jaforr arrugó la nariz.

—Buen combate, hermanos. Los sangraremos a través de mil pinchazos como éste.

—Se mueren más rápidamente de lo que merecen. Date prisa, joven explorador. Golpear y desaparecer. Registremos los cuerpos.

Tras decir eso Hyfax se inclinó sobre uno de los cuerpos malheridos. Donak y Cassal lo imitaron.

—¿Qué te hemos dicho, chico? Deja el arma: coge las raciones de nutrición, la munición —Hyfax se detuvo un momento para disparar al traidor que aún lo miraba fijamente—. Los proyectiles de los Amos de la Noche encajan en los bólteres de los Salamandras; el agua de las cantimploras de los Amos de la Noche calma la sed de los Salamandras.

—Esto… no está bien… —susurró Cassal.

—Estos guerreros eran nuestros primos, criados por el Emperador a nuestro lado. Su senda fue nuestra senda. Su Señor, hermano de nuestro Señor. Pero ahora estamos enfrentados. Son el enemigo, nosotros los rectos y justos.

Jaforr no escuchaba las palabras de sus hermanos. Se arrodilló junto al prisionero de los Amos de la Noche. Sintió cómo su ánimo se desplomó cuando vio una herida de metralla del tamaño de un puño en la espalda del legionario. Lo ayudó a darse la vuelta y se fijó en el emblema de la Guardia del Cuervo tatuado en su hombro. Los ojos del guerrero estaban desenfocados. Jaforr lo incorporó rodeándolo con los brazos.

—Te he matado, hermano.

La mirada del guardia del cuervo se fijó por fin en él.

—No, hermano, me has salvado.

Jaforr tardó un momento en contestar:

—¿Hay salvación para alguno de nosotros, amigo mío? Leales o traidores, matar a tus propios hermanos no es algo que se pueda aceptar sin más, no importa la enormidad de sus crímenes.

—Han dejado de ser nuestros hermanos. La oscuridad los ha consumido. Escúchame: debes seguir luchando. Lucha… y sobrevive.

—¿Y tú? ¡Sobrevive con nosotros!

El guardia del cuervo sonrió y negó débilmente con la cabeza. Sus ojos se cerraron. Jaforr se quedó junto a él hasta que el tenue latido de sus corazones cesó.

Cuando sus hermanos se acercaron a él simplemente apuntó hacia la cima de la montaña. No habló, pues en ese momento no confiaba en la firmeza de su voz.

Abandonaban la zona de la emboscada caminando entre los cadáveres de los Amos de la Noche cuando Jaforr se detuvo junto a uno de ellos. Con el cuchillo grabó el emblema de su legión en la greba del guerrero. Su trabajo fue apresurado pero elegante: una cabeza de dragón de líneas plateadas, rugiendo con furia contra la traición.

—Dejad que vean, que vean que las sombras de Isstvan las provocan las llamas de la venganza, y que esas llamas los consumirán a todos.

Después de eso se reunió con sus hermanos, y juntos comenzaron a alejarse de la inevitable persecución de los traidores que vendría a continuación.

FIN DEL RELATO